

CONSTRUYENDO EL FRANQUISMO: VIOLENCIA Y REPRESIÓN EN EL CAMPO ANDALUZ DE POSGUERRA

Peter Anderson

British Academy Post-Doctoral Fellow-*The London School of Economics and Political Science, Cañada Blanch Centre*

Miguel Ángel del Arco Blanco

Universidad de Granada – The London School of Economics and Political Science, Cañada Blanch Centre

“El franquismo solo pudo nacer de una guerra civil, por lo que solo lograría sobrevivir continuando su lucha contra gran parte de la sociedad”.¹

En los últimos años, mediante su incansable esfuerzo, los historiadores han desenterrado gran cantidad de evidencias que demuestran los orígenes sangrientos y represivos del régimen franquista, durante largo tiempo silenciados. El destacado peso de sus hallazgos da testimonio del gran valor de su trabajo. En diversos estudios locales, algunos investigadores han identificado y contabilizado en detalle el número de víctimas asesinadas o encarceladas por los rebeldes y por el franquismo tanto durante como después de la Guerra Civil de 1936-1939.²

En muchos sentidos, estos trabajos suponen un recuerdo para aquellos hombres que encontraron la muerte antes de tiempo en tumbas anónimas o pasaron por las terribles prisiones del franquismo. Además, estos historiadores, abriendo un debate público sobre la represión, han allanado el camino para la Ley de la Memoria Histórica que, finalmente, en diciembre de 2007 reconoció el sufrimiento de las víctimas de la dictadura.³ Además, su trabajo ha jugado un papel esencial en contextualizar la historia del primer franquismo en la historia de la Europa de los años treinta y cuarenta, de la que fue separada tanto por el régimen como por algunos académicos.

Como es sabido, el «Caudillo» siempre restó importancia a la represión en un intento de condicionar la opinión internacional. También algunos politólogos han insistido en contemplar el régimen de Franco como autoritario más que como algo más negativo. De hecho, han minusvalorado el papel que la brutal represión jugó en condicionar las actitudes de la sociedad española y en asentar el poder de Franco, concentrándose en el estudio del disenso de los altos cargos del régimen.⁴ Así, las nuevas investigaciones sobre la represión se presentan como una corrección a estos estudios y a las deformaciones del régimen.⁵

¹ HUGHES, E. J.: *Report from Spain*, London, Latimer House Limited, 1947, p. 141.

² Por ejemplo: HERRERO, G. y HERNÁNDEZ, A.: *La represión en Soria durante la Guerra Civil*, Tomo I, Soria, Ingrabel, 1982; HERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *La represión en La Rioja durante la Guerra Civil*, Logroño: Almazán, 1984; MORENO GÓMEZ, F.: *La guerra civil en Córdoba, (1936-1939)*, Madrid, Alpuerto, 1985; CASANOVA, J. (et. al.): *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992; CHAVES PALACIOS, J.: *La represión en la provincia de Cáceres durante la Guerra Civil (1936-1939)*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1995.

³ Boletín Oficial del Estado, 310 27/12/2007.

⁴ Linz, J., ‘Una teoría del régimen autoritario. El caso de España’, en PAYNE, S. (Ed.): *Política y sociedad en la España del Siglo XX*, Madrid, Akal, 1978, pp. 205-236, pp. 211-230.

⁵ Esta afirmación en: CASANOVA, J. (et. al.): *El pasado oculto... Op. Cit.*

Sin embargo, la abrumadora necesidad de identificar a las víctimas anónimas del régimen para superar los años de silencio, ha implicado que se haya prestado menos atención a los procesos y a la participación de la población civil en la represión. Es necesario estudiar la represión desde esta perspectiva, en primer lugar, porque sabemos poco sobre cómo las víctimas del régimen encontraron su terrible destino; y en segundo lugar, es necesario porque estas cuestiones han sido muy exploradas en la historiografía europea de la represión de este periodo, por lo que el estudio del régimen franquista peligró –otra vez- de no seguir el camino de la investigación desarrollada en otros países.

En consecuencia, en este trabajo nos centramos en aquellas cuestiones que han llamado la atención de historiadores de la Italia fascista, la Alemania nazi y la Unión Soviética estalinista. Estudiosos del régimen Mussolini, por ejemplo, han centrado sus estudios más que en estudiar cómo los fascistas italianos impusieron su régimen a la sociedad por la fuerza, en tratar de comprender cómo consiguieron el consenso de muchos ciudadanos. En particular, los trabajos de Emilio Gentile sobresalen como un esfuerzo importante en mostrar cómo el régimen italiano proporcionó a sus partidarios unos significados, unos ideales y unos fines.⁶ Investigadores de la Unión Soviética han ido más allá, afirmando que muchos ciudadanos bajo el estalinismo trataron de modelar sus personalidades según la forma e identidad ideal del obrero soviético presentada por la propaganda del régimen; muchos actuaron así porque apoyaban los fines del régimen, comprendiendo que moverse dentro de la órbita del mismo les otorgaba una gran oportunidad para avanzar personal y socialmente.⁷ Por su parte, los historiadores de la Alemania nazi han reflexionado sobre las dimensiones e importancia de las fuerzas policiales, así como sobre la colaboración activa de parte de la sociedad en las labores de control y vigilancia.⁸ Así, temas como los valores, la identidad, la participación, la movilidad social y la interacción del estado con la sociedad sobresalen en la historiografía Europea como las cuestiones más relevantes.

Siguiendo estas ideas, en el presente trabajo esbozamos algunas cuestiones que pueden ayudarnos a comprender mejor el primer franquismo. Nuestra tesis central es que la guerra civil dio un sentido y una finalidad a las bases sociales del régimen. Unió a una amplia gama de grupos sociales en torno a una visión compartida de la guerra como una lucha a muerte entre la civilización cristiana y el sangriento y ateo comunismo. Aunque se tratase de un mensaje simplista y reduccionista, era un mensaje que expresaba tanto los miedos políticos de los grupos que se habían opuesto a la II República, como un mensaje que daba sentido a la intensa experiencia personal de duelo y sufrimiento de aquellos que apoyaron a los rebeldes y al franquismo en la guerra civil. Además, les ofreció una narrativa que «justificaba» su revuelta contra el gobierno electo y su participación en la represión de muchos de sus propios vecinos. También les otorgó una justificación para ejercer el poder a nivel local, concibiéndolo como una auténtica forma de hacer «justicia»: por un lado, empujando a los vencidos a los márgenes sociales y económicos de la sociedad; y por otro, permitiéndoles escalar a la cima de la pirámide social, controlando los puestos de responsabilidad e incrementando su riqueza personal.

Para demostrar nuestra tesis, estudiamos varios pueblos de la Andalucía rural en el periodo de posguerra en los que convivían latifundios, minifundios y pequeñas explotaciones. Una de las áreas en las que nos centramos es el partido judicial de Pozoblanco en el norte de la provincia de Córdoba. Un lugar que cayó en poder de los derechistas en julio de 1936 pero que, a finales de agosto, sería reconquistado por las milicias leales a la República, llevando a

⁶ Un ejemplo, en GENTILE, E.: 'Fascism as Political Religion', *Journal of Contemporary History*, 25, (2-3), (1990) 229-251.

⁷ KOTKIN, S.: *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*, Berkeley, University of California Press, 1995.

⁸ GELLATELY, R.: *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy 1933-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

cabo una represión que acabaría con las vidas de varios centenares de derechistas. La zona permanecería en manos del gobierno republicano hasta la invasión del ejército franquista a finales de marzo de 1939, a los pocos días del término de la guerra civil. Acabada la contienda, las nuevas autoridades llevarían a cabo una feroz represión sobre los vencidos. Pero solo lo harían, como demostramos más abajo, contando con la participación de sus apoyos locales. Los años de posguerra también serían testigos de una intensa represión social y económica. Para demostrar estas afirmaciones, examinamos diversas cabezas de partido de Andalucía Oriental (provincias de Jaén, Granada, Málaga y Almería). Serían localidades que sufrirían una variada evolución durante la guerra: algunas fueron tomadas en las primeras horas por los rebeldes (Santa Fe), otras permanecieron leales a la República pero caerían en manos «nacionales» en los siguientes meses (Alcalá la Real y Montefrío en septiembre de 1936, Marbella en enero de 1937), y otras serían ocupadas sólo al final de la contienda (Berja en marzo de 1939).

La importancia y el significado de la guerra civil

En los años setenta, Juan Linz afirmó que el régimen de franco no había movilizado a la población ni propagado una ideología oficial.⁹ Por supuesto, las tesis de Linz eran valiosas. El eminente politólogo cuestionaba un modelo político totalitario en el que los partidos políticos contaban con una afiliación masiva en torno a un grupo organizado de ideas. Pero si dejamos de lado los partidos y la ideología controlada por el Estado, y nos centramos en los amplios y heterogéneos grupos sociales que apoyaron la rebelión y compartieron los valores y significados de la «Cruzada», emerge una visión distinta.

Podemos observar esta tendencia desde los primeros días tras el golpe de estado, cuando de forma más o menos espontánea, el surgimiento de mensajes, ritos y símbolos relacionados con la guerra irá paralelo a una destacada movilización tanto en los frentes como en la retaguardia. La Guerra uniría a hombres y mujeres en la tarea de acabar con la democracia, liquidar la República, eliminar y marginalizar a los partidarios del Frente Popular y asegurar la construcción del franquismo.

Desde el comienzo de la Guerra civil, las clases medias rurales jugaran un papel destacado en este proyecto. Las actitudes de los diversos grupos sociales rurales serían claves para explicar el golpe de estado de julio 1936.¹⁰ Ya antes de ese verano, desde los sectores que se adherirían a la sublevación, se difundiría una propaganda que ensalzaba el campo como un espacio idílico y genuino, vinculando a los pequeños campesinos con la «esencia y ser de la verdadera España».¹¹ La población rural no permaneció impasible: en las zonas sublevadas acudió presta a «salvar a España». Los jóvenes partieron hacia los frentes de batalla, siendo llamados a filas; otros muchos se alistaron en las milicias falangistas o carlistas. El Estado franquista comenzaba a nacer en las trincheras y en los frentes de batalla, con unos jóvenes movilizados y comprometidos con los «valores de la Cruzada».

Pero también había trabajo en la retaguardia: «lejos del frente» era importante demostrar la adhesión y colaborar con el naciente «Nuevo Estado». Los habitantes de las zonas rurales sublevadas participarían activamente en la represión, contribuirían con donativos y su trabajo a la «Causa Nacional» y apuntalarían las instituciones del Estado participando en ellas. Paralelamente, los «valores» y las visiones por las que luchaban volvieron a ocupar la escena: tuvieron lugar actos de desagravio, misas, procesiones,

⁹ LINZ, J.: 'Opposition in and Under an Authoritarian Regime: the case of Spain', en DAHL, R. (Ed.): *Regimes and Oppositions*, New Haven, Yale University Press, 1973, pp. 171-259.

¹⁰ Un estudio de caso: COBO ROMERO, F.: *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

¹¹ SEVILLA GUZMAN, E.: *La evolución del campesinado en España*, Barcelona, Península, 1979, pp. 141 y ss.

entronizaciones, concentraciones por las victorias frente a los republicanos o inauguraciones de cruces a los «caídos por Dios y por España». Aquellos que habían sufrido persecuciones o perdido la vida habían entregado su sangre por la salvación de España... y los que ahora los conmemoraban no los olvidarían nunca, asegurando su legado.¹²

El Estado franquista también tomaba forma en la retaguardia con la constitución de los primeros ayuntamientos, pilares fundamentales del «Nuevo Estado».¹³ Comenzarán estando integrados por los hombres de siempre, con una tradición política anterior, de probada fidelidad derechista, militantes de partidos de derechas durante la República como la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), monárquicos o carlistas. Hombres que, en algunos casos, hasta habían pertenecido a partidos conservadores durante la Restauración o participado en la Dictadura de Primo de Rivera. Mientras que los jóvenes partían al frente y luchaban por la victoria, el franquismo hacía descansar su proyecto político en hombres que, ya ante las urnas, habían mostrado su vocación por acabar con el proyecto republicano y con la defensa de unos «valores tradicionales» que los sublevados hacían suyos.¹⁴

Estos políticos serían los encargados de organizar la vida en la retaguardia. Desde sus pueblos, desmontarán el estado republicano y construirán el franquista: redactarían bandos, disciplinarían las relaciones laborales, depurarían a los desafectos, restaurarían las fiestas religiosas, coordinarían las celebraciones y ritos de la «Cruzada».

Dada la importancia de la Guerra Civil en las vidas de estos hombres, no es de extrañar que sea en la percepción de la contienda donde se encuentren las respuestas para comprender cómo las bases sociales del franquismo compartieron los valores del régimen naciente. Porque fueron pocas las personas que, en aquella desgarrada España pudieron evitar identificarse con uno u otro bando; muchos de ellos sufrirían la pérdida de algún familiar, de su propiedad, de su libertad o las heridas en sus propias carnes. Así, nuestras investigaciones ponen de manifiesto que muchos hombres y mujeres del bando sublevado, tanto dentro como fuera del «Partido Único», vieron en la interpretación franquista de la guerra una forma de dar sentido tanto a su experiencia en ella como a la manera en que la sociedad debía ser organizada en el periodo de posguerra.

Esta interpretación nació de la necesidad de justificar el derrocamiento del gobierno electo del Frente Popular de la II República Española e imponer un nuevo régimen por la fuerza. Dada la importancia de esta tarea, no es sorprendente que rápidamente emergiesen ideólogos que sostenían este punto de vista. Cuando el estudioso salmantino Castro Albarrán afirmaba en 1934 que los desafectos a la República disfrutaban de un legítimo derecho a derrocarla, los miembros de la accidentalista CEDA lo criticaron duramente. Pero en las elecciones de febrero de 1936 el accidentalismo fracasó, y las ideas catastrofistas de Castro de Albarrán comenzaron a ganar más partidarios.¹⁵ Muchos grupos de la derecha comenzaron a

¹² GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006. CASPISTEGUI, F. J.: «'Spain's Vendée': Carlist identity in Navarre as a mobilising model», en EALHAM, C. y RICHARDS, M.: *The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*. Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 177-195.

¹³ En los primeros días de la guerra o en el momento de ocupación de una localidad se haría cargo del ayuntamiento un militar nombrado al efecto. Con el avance de la contienda y hasta 1948 los nombramientos los realizaría el Ministro de Gobernación, a propuesta del gobernador civil, tras recabar informes de la localidad. Este proceso en: NICOLÁS MARÍN, M^a. E.: *Instituciones murcianas en el franquismo, 1939-1962*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1982; CENARRO, A., *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, PUZ, 1997.

¹⁴ DEL ARCO BLANCO, M. A.: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007, capítulo 3. COBO ROMERO, F. y ORTEGA LÓPEZ, T.: "No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen franquista y la composición de los poderes locales. Andalucía, 1936-1948", *Historia Social*, 51, 2005, pp. 49-71.

¹⁵ DE CASTRO ALBARRÁN, A.: *El derecho al Alzamiento*, Salamanca, s. e., 1941, pp. 6-7.

creer que legítimamente podían sublevarse porque el gobierno electo era fraudulento, corrupto y criminal. De aquí en adelante, la legitimidad de los rebeldes y de todos aquellos que se pusieron de su lado dependió de la criminalización de los partidarios del gobierno del Frente Popular.¹⁶

Esto explica por qué desde el comienzo de la guerra civil los insurgentes construirían una literatura sobre las atrocidades republicanas. Como consecuencia del miedo de la Europa de entreguerras al bolcheviquismo y al pánico de las derechas españolas al reformismo secular, mucha de esta literatura consistiría en informes oficiales espeluznantes sobre las «atrocidades rojas» en los territorios recién conquistados al gobierno republicano.¹⁷ También aparecerían memorias de supuestos testigos que afirmaban haber sufrido a manos de los «bárbaros republicanos». Muchos de estos trabajos consistían en viajes atroces por los territorios conquistados, en los que los horrorizados autores relataban historias terribles una detrás de otra. A veces eran publicadas en ediciones baratas de venta masiva, encontrando en ellas gran parte de afirmaciones y tópicos comunes.¹⁸

Normalmente comenzaban con la afirmación de que la Segunda República había sido controlada por «extranjeros» liberales, socialistas, marxistas, judíos y masones que amenazaban con destruir la Patria, concebida como algo consustancial a la fe católica. Así, un texto afirmaba que bajo la República los antes felices campesinos habían sido contaminados por el odio de clase ruso exportado «por orientales de espíritu perverso».¹⁹ Además, los franquistas frecuentemente hacían circular la acusación de que, aquellos con una disposición al crimen y al barbarismo, apoyaban al gobierno del Frente Popular. Según afirmaban, la prueba de ello era una lista interminable de crímenes que supuestamente se habían cometido durante la guerra civil por, como escribía el fraile Antonio Aracil, los «abortos» de la humanidad, «culpables de tanto horror y barbarie».²⁰

Estos escritores insistían en que habían investigado y probado la veracidad de sus historias, y a veces ofrecían grandes detalles en un esfuerzo de probar la degeneración inherente de los partidarios de la República. En este sentido, un novelista convertido en escritor de atrocidades, Antonio Pérez de Olaguer, describía cómo las víctimas eran asesinadas ante sus familias, y Antonio Aracil hablaba de un partidario del Frente Popular que cortó la oreja de una víctima y la paseó por la calle principal de una ciudad.²¹ La prensa franquista también daba detalles sangrientos. Por ejemplo, en una noticia de Cádiz de octubre de 1937, el *ABC* de Sevilla publicaba dantescos relatos de los «marxistas» en la provincia. Por ejemplo, se calificaba a R.B., del pueblo de Grazalema, como un «discípulo aventajado de

¹⁶ Un compendio de ellos en Estado Español. Ministerio de Gobernación, *Dictamen de la comisión sobre legitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936*, Editora Nacional, 1939 y Ministerio de Justicia, *Causa General: La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el Ministerio Público*, Madrid, Ministerio de Justicia, 1943.

¹⁷ Sobre el miedo de entreguerras al bolcheviquismo, ver MAYER, A. J.: *Politics and Diplomacy of Peacemaking. Containment and Counterrevolution at Versailles, 1918-1919* y PRESTON, P.: 'The Great Civil War: European Politics, 1914-1945' en BLANNING, T.C.W. (Ed.): *The Oxford Illustrated History of Modern Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 148-181. Sobre el miedo a la reforma, ver PRESTON, P.: *The Coming of the Spanish Civil War. Reform, Reaction and Revolution in the Second Republic*, London: Routledge, 1994.

¹⁸ Por ejemplo: CASTRO ALBARRÁN, A.: *Este es el Cortejo. Héroes y mártires de la cruzada Española*, Salamanca, Cervantes, 1938; y PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Andalucía*, Burgos, Ediciones Antisectarias, 1938. Para un anuncio sobre estas publicaciones masivas, ver *Azul*, 27/2/1940.

¹⁹ Oficina de Prensa y Propaganda: *Avance del informe oficial sobre los asesinatos, violaciones, incendios y demás crímenes, depredaciones y actos de violencia cometidos en algunos pueblos del centro y sur de España y especialmente en la ciudad de Málaga, bajo el dominio del llamado gobierno de Valencia*, Buenos Aires, 1937.

²⁰ ARACIL, A.: *Dolor y triunfo: héroes y mártires en pueblos de Andalucía durante el Movimiento Nacional*, Barcelona, 1944., pp. 302-303.

²¹ PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror... Op. Cit.*, p. 89; y ARACIL, A.: *Dolor... Op. Cit.*, p. 270.

Lenin» y un «enemigo» de «todo aquello que significaba humanidad». De acuerdo con la noticia, este ejemplo de «hordas rojas» había «tomado parte durante el periodo que este pueblo estuvo bajo la tiranía marxista en diecinueve asesinatos cometidos en las personas de orden de esta población, alardeando después de haberlos realizado, presentándose ante las gentes con las manos aún tintas de la sangre de sus víctimas».²² Aún después de la guerra, los vencedores no escatimarían esfuerzos en demostrar la naturaleza monstruosa de los vencidos. Cuando las autoridades franquistas capturaron al periodista izquierdista Eduardo de Guzmán al final de la contienda, lo hicieron desfilar con otros prisioneros por los pueblos que pasaban hacia Madrid como ejemplos de esos «monstruos» que habían sido derrotados.²³

Por mucho horror que estas historias y desfiles inspirasen, también darían lugar a la idea consoladora de que aquellos que se habían «alzado» contra el gobierno del Frente Popular habían perdido sus vidas como mártires para salvar la «verdadera» España de los horribles comunistas y anarquistas.²⁴ Además, los partidarios del «Nuevo Estado» también se verían reconfortados por la creencia de que gran parte de ellos permanecían unidos por su experiencia común de persecución y martirio a manos de los bárbaros republicanos en su tarea de salvar España. El sacerdote Constantino Bayle expresaba esta idea en 1937 cuando afirmaba que «pocas familias habrá en las regiones que sienten o sintieron el yugo del Gobierno frente-popular, que no lloren la pérdida de seres queridos, asesinados».²⁵ Este es un motivo por el cual, libro tras libro, se compendiarán las vidas y actos de aquellos partidarios del régimen que habían perdido la vida a manos de las «hordas». Además, se obtendría más consuelo aún del hecho de que estas víctimas eran, como un sacerdote afirmaría, «hombres que supieron dar la vida por el ideal nobilísimo de Dios y de España». Sin embargo, lo más importante para aceptar la pérdida fue mantener viva la memoria de los seres queridos. Como añadiría este mismo sacerdote, «es justo que al menos guardemos vivo el recuerdo de sus hazañas y sacrificio».²⁶ Por tanto, correspondería a los «héroes» victoriosos de la guerra civil preservar tanto la memoria de sus camaradas caídos como alcanzar los fines políticos por los que habían dado sus vidas.

Ciertamente, para que su sacrificio alcanzase pleno sentido y su memoria fuese honrada, las «bárbaras hordas rojas» tenían que recibir su pleno y «justo» castigo. Así, los autores de la literatura de las atrocidades republicanas frecuentemente exigían «justicia y castigo para los culpables de tanto horror y barbarie».²⁷ Si estas reclamaciones no eran atendidas, se señalaba, entonces los que habían ofrecido sus vidas como mártires se habrían sacrificado en vano. De esta manera, Antonio Pérez de Olaguer escribiría en 1938: «me avergonzaría de mi pluma si no hace justicia de cuando en cuando sirviendo la causa con el relato de esas tragedias ignominiosas, sangriento rescate de España, ejemplo y gloria de mártires y vergüenza eterna de masones y bandidos».²⁸ Es más, la pena de muerte completaría el trabajo de los mártires sacrificados convirtiendo de nuevo a la fe a los partidarios sin Dios del Frente Popular. Así, uno capellán de las cárceles franquistas, Martín Torrent, escribiría en 1942 sobre las «tantísimas almas salvadas precisamente por la divina predilección extraordinaria de este medio de muerte».²⁹

²² ABC, Sevilla, 12/10/1937.

²³ DE GUZMÁN, E.: *Nosotros los asesinos (Memorias de la guerra de España)*, Madrid, 1976, p. 26.

²⁴ VINCENT, M.: 'The Martyrs and the Saints: masculinity and the construction of the Francoist crusade', *History Workshop Journal*, 47, pp. 68-98, p. 72.

²⁵ BAYLE, C.: *¿Qué pasa en España. A los Católicos del mundo*, Salamanca, Delegación del Estado para Prensa y Propaganda, 1937.

²⁶ COPADO, B.: *Contribución de sangre*, Málaga, 1942, pp. 7-8.

²⁷ ARACIL, A.: *Dolor... Op. Cit.*, pp. 302-303.

²⁸ PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror... Op. Cit.*, p. 83.

²⁹ TORRENT, M.: *¿Qué me dice usted de los presos? Contestación*, Alcalá de Henares, Taller Penitenciarios, 1942, p. 68.

Tales discursos oficiales hallaron gran eco entre muchos de los partidarios de la causa rebelde que deseaban dar sentido a su sufrimiento y eliminar a sus enemigos personales y políticos. Este sentido de alivio proveniente de la visión de la guerra se manifiesta frecuentemente en el estudio del partido judicial de Pozoblanco en el norte de la provincia de Córdoba. En esta zona, varios cientos de derechistas murieron cuando los milicianos leales al Frente Popular acallaron la sublevación de julio de 1936. Por ejemplo, esta forma de pensar se observa en una carta enviada por uno de los derechistas condenados a muerte por apoyar la rebelión en Villanueva de Córdoba. Desde la celda de la prisión escribió a sus familiares que estaba caminando hacia Dios como uno de los «mártires que habían ofrecido su vida por la salvación de España».³⁰

A nivel local, muchos partidarios del régimen a veces iban más allá al vincular esta idea que daba sentido a la muerte con el castigo de los republicanos. Un ejemplo de esta forma de pensar se puso de manifiesto en un funeral oficiado por un sacerdote de Villanueva de Córdoba. Se celebraba el traslado de los restos y el entierro de vecinos del pueblo que habían sido ejecutados tras ser juzgados por las autoridades republicanas en Jaén. El sacerdote declaró ante los familiares de las víctimas que sus «muertos exigían justicia contra aquellos que habían destruido la justicia».³¹

Hay evidencias suficientes que demuestran que algunos de los familiares de las víctimas, como a los que el sacerdote se dirigía, obtuvieron de estos mensajes y conmemoraciones un auténtico sentido de ecuanimidad al comprender que se haría justicia a la muerte de sus seres queridos mediante el castigo de sus enemigos. Por ejemplo, las noticias de los periódicos de la época muestran imágenes de gran número de familiares de las víctimas asistiendo a funerales franquistas para volver a enterrar a sus muertos, dejando claro que dichos actos se convirtieron en momentos emocionantes en los que las familias de los desaparecidos abiertamente expresaban su dolor y sentimiento de pérdida.³² En algunos casos, se conmemoraba a los que ya no estaban empleando los términos y significados de la propaganda franquista. Por ejemplo, una placa conmemorativa en una vivienda de Los Pedroches hacía constar que el hombre de la casa había sido asesinado por los «enemigos de Dios», una de las frases deshumanizadoras que marcaban la retórica franquista.

Esta tendencia también se observa en las declaraciones que los vecinos de Pozoblanco hacían para castigar a aquellos que culpabilizaban por la pérdida de sus seres queridos; en ellas, los familiares parecen haber gozado de plena libertad para describir sus muertes. Por ejemplo, en sus declaraciones judiciales algunas víctimas prefirieron no dar detalles precisos sobre personas asociadas con la defensa del Frente Popular, quizá porque no querían mantener vivo ese amargo resentimiento.³³ Sin embargo, muchos otros optaron por explicar la muerte por el «barbarismo marxista» o la muerte en sí como una forma de sacrificio «por Dios y por España».³⁴ A.B. una viuda de guerra de Pedroche y destacada denunciante, por ejemplo, culpabilizó al «marxismo criminal» de las muertes de su marido y de sus tres hijos.³⁵ De hecho, 80 de sus 153 declaraciones realizadas en el distrito judicial de Pozoblanco en relación a aquellos que habían muerto en el verano de 1936 mostraban un lenguaje que reflejaba un odio ardiente que reclamaba algún tipo de castigo.³⁶

Tales actitudes también se ven en los fervorosos falangistas y requetés que habían contribuido a la victoria y que, una vez la guerra terminó, volverían a sus hogares. Ocuparían

³⁰ COPADO, B.: *Contribución...* *Op. Cit.*, p. 175.

³¹ COPADO, B.: *Contribución...* *Op. Cit.*, pp. 268-270.

³² Un ejemplo en *Azul* 20/5/1939.

³³ Por ejemplo, AHPC, SJ, APC, Civil, 1941, 232 y AHPC, SJ, APC, Civil, 1941, 232.

³⁴ Por ejemplo, AHPC, SJ, APC, Civil, 1939, 227 y AHPC, SJ, APC, Civil, 1940, 229.

³⁵ AHPC, SJ, APC, Civil, 1940 229 and 1941 232.

³⁶ AHPC, SJ, APC, Civil, 1939-1945.

entonces un papel central en la política local, garantizando el deseado castigo a los vencidos. Concebían esta tarea como una auténtica misión esencial que ellos, como «héroes y mártires» de la Cruzada, tenían que llevar a cabo. Se consideraban a sí mismos, y eran considerados por los vecinos fieles al franquismo, como los representantes de una juventud que «había salvado a España», espejo de la masculinidad y virilidad de la Patria; pero también ejemplo de piedad religiosa y pureza del alma. Desde este punto de vista, ellos, y su sangre o la derramada por sus hermanos o familiares, había purificado España y era la llave de su resurgimiento.³⁷ Ahora reclamaban «justicia» tanto contra aquellos que habían derramado la sangre de los «mártires», como por la posición que ellos mismos tenían que ocupar como «héroes» en el «Nuevo Estado».

Y ciertamente, nuestras investigaciones demuestran que se hicieron con el poder político entre el final de la guerra civil y el comienzo de la inmediata posguerra. De hecho, entre 1939 y 1941 asistimos a una renovación en las autoridades locales. Se produce una ruptura: los políticos tradicionales se retiran de la esfera pública, cediendo el paso a los excombatientes, excautivos y a familiares de los mártires. Todo parece apuntar a que este relevo político y generacional no causó demasiados problemas entre los antiguos políticos derechistas. En alguna ocasión sería abiertamente bienvenido e incluso vendría forzado por la voluntaria dimisión de alguno de los gestores. El 2 de abril de 1939, al día siguiente del último parte de guerra, en la localidad riojana de Haro, el primer teniente alcalde dimitía al considerar que los puestos de honor y mando debían ser ocupados por los excombatientes:

«Es de justicia que los cargos sean para los que han luchado y vencido, para esa juventud que ha logrado la victoria definitiva y ha sabido ganar la guerra para después ganar la Paz. Porque esa juventud, totalmente revolucionaria, no consentirá que el triunfo, logrado por ellos a la fuerza de tantos sacrificios en el campo de batalla, nadie se atreva, en la Paz, a disputárselo ni a obstaculizárselo».³⁸

De esta manera, la guerra civil supone un antes y un después. Y la relación de los hombres con ella marcará su destino: ser combatiente, herido, mutilado, haber sufrido el «terror rojo», ser encarcelado o, por supuesto, haber perdido a algún familiar sellará ahora la suerte de los hombres. La participación activa en la guerra civil se convertía en su credencial de fidelidad al régimen, y el puesto que ocuparían en los ayuntamientos, su recompensa. Ahora serán ellos los que, desde abajo, construyan el franquismo. Pertrechados de esa «cultura de guerra» dada por su propia experiencia, serán los garantes de la continuidad del «Nuevo Estado» y de todo lo que representaba: si antes lo defendieron en los campos de batalla... ahora lo harían desde los salones de plenos.

Nuestras investigaciones sobre diversos municipios rurales de Andalucía Oriental ofrecen una fotografía más precisa sobre estos nuevos políticos que unieron su suerte con el nuevo régimen. Serán hombres jóvenes, en su mayoría de entre 20 y 40 años de edad. Pocos sobrepasarán los 50 años. Alcaldes y gestores ostentarán una edad media que oscilará entre los 35 y 40 años.³⁹

Tendrán una orientación política heterogénea, variando en las diversas localidades. El franquismo se mostraba flexible, seleccionando a su personal en función de la evolución política de la República, la estructura de la propiedad o la dinámica de la guerra civil en cada municipio. Sin embargo, se repetirán algunas pautas: los militantes de antiguos partidos de derechas como la CEDA, Renovación Española, Acción Católica o Radicales serán minoría y

³⁷ VINCENT, M.: "The Martyrs...", *Art. Cit.*, pp. 68-98.

³⁸ Citado en: GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 378.

³⁹ DEL ARCO BLANCO, M. A.: "«Hombres nuevos»: el personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)", *Ayer*, 65, 2007, 237-267.

limitarán su actuación a partir del comienzo de los años cuarenta. En cambio, habrá tres grupos que aportarán una variable rupturista y nueva: los falangistas, camisas viejas que ahora coparán muchos cargos municipales; los hombres calificados como «derechistas» o «de derechas», por ideología o actuación aunque nunca militasen en un partido político; y finalmente, el no menos importante grupo de «apolíticos» o «sin filiación política» que, en 1936, tomaron las armas para luchar por la causa rebelde.⁴⁰

No eran los políticos de siempre. La mayoría carecían de experiencia previa: no habían militado en partidos políticos y no habían desempeñado cargos. En los casos más extremos, los alcaldes y gestores con experiencia en la Restauración, la Dictadura de Primo o la República no llegaban al 20 por 100; en otros ni al 5 por 100 del personal político de toda la década de los cuarenta.

La mayoría serán excombatientes. Hombres que, al estallar la guerra civil se lanzarán a la defensa de unos valores, comprometiéndose con el proyecto naciente al albor de la violencia de la guerra civil. En Andalucía, la mayoría de ellos se afiliarán a Falange Española y Tradicionalista de las JONS. Una parte nada despreciable serían ya militantes del partido fascista antes del 18 de Julio: por ejemplo, en municipios como Montefrío (Granada), los «camisas viejas» constituirían más del 60 por 100 de los políticos que va desde 1936 a 1951; en cambio, en pueblos como Alcalá la Real (Jaén) serían poco menos de un 7 por 100. Pero la inmensa mayoría entrará en el partido justo a partir del golpe de estado, concentrándose las afiliaciones en el año 1936. Esto nos habla de movilización, de un discurso falangista que logró atraer a multitud de hombres y clases sociales.⁴¹ Falange se convierte ahora en un partido de masas, integrando a todos los proyectos políticos que convivían en el bando nacional durante la guerra civil.⁴²

Este crecimiento desmesurado de Falange ya despertó el recelo de los «falangistas auténticos» en aquellos años. Quizá eso ha llevado a algunos historiadores a afirmar que la llegada del franquismo supone la «vuelta a la historia», el regreso de los «viejos políticos» de siempre y de sus «prácticas caciquiles».⁴³ El rejuvenecimiento de los cargos, la llegada de derechistas, hombres sin filiación política, sin más experiencia política que la guerra civil... ¿no era más que mera propaganda? ¿Quién se escondía detrás de estos hombres? ¿Eran meras marionetas de los viejos políticos pertenecientes a clases sociales acomodadas que, en la sombra, seguían manejando los hilos de la vida local? ¿Se escondían tras estos hombres los «viejos políticos», los «caciques» de toda la vida?

La implicación de estos hombres nuevos en el surgimiento e implantación del franquismo fue real. En los municipios estudiados se detecta una desconexión entre ellos y los viejos políticos: a pesar de las características del mundo rural andaluz, apenas existen vínculos familiares entre los cargos franquistas de posguerra y los precedentes.⁴⁴ Pero hay un aspecto que evidencia todavía más esa discontinuidad: la clase social de los políticos. Estará caracterizada por una intensa heterogeneidad, que hace que la imagen que asimilaba al político franquista con el latifundista y el cacique deba ser descartada. La mayoría de las autoridades tendrán una fuerte vinculación con la agricultura, pero también muchas estarán dedicadas al comercio, a la industria o a servir al Estado. El peso de uno u otro sector variará en función de las características socio-económicas de la localidad.

⁴⁰ DEL ARCO BLANCO, M. A.: *'Hambre de siglos'...* Op. Cit., 68-85.

⁴¹ LAZO, A.: *Retrato del fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998.

⁴² SAZ, I.: "Política en la zona nacionalista: la configuración de un régimen", *Ayer*, 50, 2003, p. 83.

⁴³ CAZORLA SÁNCHEZ, A.: "Dictatorship from below: local politics in the making of the francoist state, 1937-1948", *The Journal of Modern History*, 71, 1999, pp. 882-901. CAZORLA SANCHEZ, A.: "La vuelta a la historia: caciquismo y franquismo", *Historia Social*, 30, 1998, pp. 119-132.

⁴⁴ DEL ARCO BLANCO, M. A.: *El primer franquismo en Andalucía oriental (1936-1951): poderes locales, instauración y consolidación del régimen franquista*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 2006, 124-125.

Dentro del sector agrícola primarán, por encima de todos, los propietarios. Propietarios que irán desde los latifundistas (más de 100 hectáreas), que ocuparán un porcentaje muy reducido de cargos pero que no serán excluidos, a las variadas gamas de medianos propietarios (entre 16 y 100 hectáreas) a, sobre todo, pequeños y minúsculos propietarios (entre 0 y 15 hectáreas) o arrendatarios que rozarán la pobreza.

En el comercio e industrias rurales encontramos a exportadores de alimentos, importantes industriales... pero también pequeños comerciantes, pequeños industriales, artesanos, taberneros, o incluso obreros especializados (electricistas, mecánicos, herreros, etc.). El sector funcionarial, quizá el menos importante, repite estas tendencias: algunos políticos serán altos funcionarios (jueces, farmacéuticos, notarios, médicos), pero otros serán de categoría inferior (administrativos, recaudadores) o en bajas condiciones de ejercicio (maestros, veterinarios) o pequeños funcionarios (guardias municipales o rurales, carteros).

Todo nos habla de heterogeneidad. Heterogeneidad relativa al sector económico al que pertenecerán los nuevos políticos... pero también en cuanto a la clase social. El franquismo estará construido sobre una variada amalgama de clases medias.⁴⁵ En algunos municipios de Andalucía Oriental representarán entre el 75 y el 85 por 100 del personal político. Dentro de este importante porcentaje, las tonalidades sociales serán muy variadas: clases medias-altas, clases medias, clases medias-bajas e, incluso, un pequeño grupo de clases bajas-altas con acceso a la propiedad. Por otro lado, las clases altas convivirán con el franquismo y participarán en él, variando su participación entre el 25 y el 15 por 100 de los gestores y alcaldes de todo el periodo. Apoyarán al franquismo y el régimen las apoyará a ellas, por supuesto, pero no serán preponderantes. El «Nuevo Estado» ensanchaba sus bases sociales respecto a regímenes conservadores precedentes, centrándose especialmente en los pequeños y medianos propietarios rurales, hombres «de derechas» o «de orden», de cuyo universo simbólico provendría la ideología del franquismo.⁴⁶ Mientras tanto, las clases bajas eran excluidas: obreros, jornaleros y braceros, aquellos que no eran propietarios y que apoyaron a la República en la guerra civil.

Las bases sociales del franquismo son algo complejo. Distan de la visión tradicional del gobierno de unos pocos, de un régimen autoritario donde los grupos sociales más acomodados, identificados con el caciquismo del primer tercio del siglo XX, copaban el poder. Pese al inestimable apoyo de las potencias fascistas a los sublevados, vital para la consecución de la victoria, es obvio que Franco, sus militares, las clases altas y el clero no estaban solos ante la República. El discurso movilizador, la visión de la guerra civil y los intereses socioeconómicos que se escondían tras la sublevación calaron hondo en gran parte de la población y ayudan a explicar cómo estos grupos sociales apoyaron al nuevo régimen.⁴⁷ Especialmente esas las clases medias que, ya durante la República, se habían alineado contra ella y que, en el verano de 1936, tomarían las armas para derribarla. Como sucedió en otros casos europeos,⁴⁸ tras la guerra civil, los «héroes», los que lucharon y arriesgaron su sangre por un nuevo futuro, volverían a sus hogares a construirlo con sus propias manos. Eran los representantes de una generación bautizada con las armas, defensora del franquismo y de sus valores; pero también de unos grupos sociales que, sin dudarlo, participaban en el Estado

⁴⁵ Seguía por tanto la pauta de otros regímenes de entreguerras. Ver COBO ROMERO, F.: "Labradores y granjeros ante las urnas. El comportamiento político del pequeño campesinado en Europa Occidental de entreguerras. Una visión comparada", *Historia Agraria*, 38, 2006, pp. 47-73.

⁴⁶ MORENO FONSERET, R. y SEVILLANO CALERO, F.: "Los orígenes sociales del franquismo", *Hispania*, 205, 2000, p. 723.

⁴⁷ El discurso falangista de la guerra civil y el primer franquismo calaría incluso en algunas de las capas más humildes. PAREJO, J. A.: *La Falange en la sierra norte de Sevilla (1934-1956)*, Sevilla, Universidad de Sevilla-Ateneo de Sevilla, 2005.

⁴⁸ FIGES, O.: *Peasant Russia, Civil War. The Volga Countryside in Revolution (1917-1921)*, Phoenix Press, London, 2001.

franquista y ayudaban a construirlo llevando a cabo la represión de aquellos que habían apoyado a la República.

Participando en la represión

Como se pone de manifiesto en la documentación de los tribunales militares de del partido judicial de Pozoblanco, las bases sociales de esa amplia coalición que había apoyado la sublevación, fuesen parte o no de Falange, participaron y presionaron para asegurar el severo castigo de los «criminales marxistas», supuestos culpables de su sufrimiento y el de sus familiares. Esto les llevaría a participar en unos más que cuestionables procedimientos militares, proporcionando al «Nuevo Estado» el apoyo popular que necesitaba para llevar a cabo su programa jurídico de represión.

Estas afirmaciones se demuestran en el estudio realizado de 463 sentencias judiciales del partido de Pozoblanco, donde hemos analizado en detalle los 74 expedientes que están completos y que contienen denuncias, investigaciones, testimonios y sentencias. Uno de los aspectos más impactantes es el grado de participación popular que permitió al régimen arrastrar a sus enemigos al banquillo de los acusados. Esta participación tenía comienzo con la selección de aquellos que debían ser juzgados. De hecho, del total de 74 casos analizados en detalle en el Archivo Militar de Sevilla, las autoridades locales comenzaron sólo 22 de ellos por su propia iniciativa. Se valieron de las denuncias de los vecinos para iniciar las 52 restantes causas (70 por 100). La participación activa continuaba con el testimonio adverso de los apoyos sociales locales del régimen y con las alegaciones sin fundamento lanzadas contra los acusados que asegurarían la condena en los juzgados militares de Franco. En el caso de Pozoblanco, estos testigos participaron de forma destacada en los 69 casos estudiados que conservan una sentencia o veredicto claro, hubo 705 declaraciones y un total de 217 personas que decidieron ofrecer un testimonio adverso.

Analizando quién realizó estas denuncias y ofreció testimonio adverso, podemos acercarnos tanto al amplio apoyo social de que el régimen disfrutaba, como al modo en que sus partidarios aceptaban y reproducían sus valores.⁴⁹ De manera poco sorprendente, los falangistas comunes estuvieron en la primera línea de los que buscaban un castigo severo, suponiendo el 19 por 100 de las denuncias estudiadas. Eran ellos también los que llevaban la voz cantante al testificar, como puede comprobarse, por ejemplo, en los procesos a vecinos de los pueblos de Alcaraceños y Pedroche. El falangista M.F. de Alcaraceños declaró en todos los casos que hemos estudiado en este pueblo. M.B., otro militante de Alcaraceños, testificó en el 71 por 100 de los casos examinados. En Pedroche, el también falangista E.M. declaró en el 23 por 100 de los casos analizados en el pueblo. Y R.T. de Pedroche dio testimonio en el 17 por 100 de los casos.

Aunque esos falangistas a menudo controlaban la política local y jugaban un papel protagonista en denuncias y testimonios, comprendieron que también podían apoyarse en las familias de las víctimas vinculadas a los partidos conservadores católicos. Ese grupo realizó el 34 por 100 de las denuncias analizadas (las viudas serían responsables del 17 por 100 de ellas). Muchos de los apoyos sociales del régimen ajenos al partido único también colaboraron con un testimonio adverso. Un análisis de su profesión (conocida sólo en el caso de cuarenta de ellos) evidencia que el 13 por 100 pertenecía a una variada gama de propietarios y hombres de negocios. 40 por 100 eran pequeños propietarios y el 30 por 100 empleados, artesanos o profesionales de clase media. Un 17 por 100 adicional eran mujeres

⁴⁹ No siempre está claro si los denunciadores eran miembros de Falange. En algunos casos la afiliación está claramente especificada. En otros casos he establecido la afiliación cruzando datos con otras fuentes pero no ha sido posible establecer una lista definitiva de militantes de Falange.

familiares de las víctimas de la violencia de julio de 1936 en los pueblos.⁵⁰ A menudo esas mujeres eran viudas de grandes propietarios y de destacados políticos de la localidad. En estos casos, destacarán ofreciendo testimonio. En Pedroche una viuda acusó en tres de los diecisiete casos estudiados. Otra viuda de Torrecampo declaró en el 50 por 100 de los procesos analizados. En contraste, muchos de los franquistas más humildes testificarían sólo en un número limitado de casos. A veces eran llamados para proporcionar pruebas, dado que tenían un conocimiento personal del acusado, siendo muchos de ellos empleados o compañeros de trabajo.⁵¹ En otros casos, estaban vinculados a ellos, eran sus colegas, o alguien había alegado haber sido perjudicado en algún sentido por los acusados.⁵²

Aunque algunas diferencias de edad y clase marcaban a los distintos grupos sociales que colaboraban en la represión, compartían algunas características importantes. Se trataba de sectores de la sociedad que habían temido las reformas de la República, que habían apoyado la sublevación incondicionalmente y habían sufrido durante la guerra civil. Sin duda, esto es cierto en el caso de los falangistas del partido de Pozoblanco: su perfil social demuestra que solían ser jóvenes pequeños propietarios cuyas vidas habían sido transformadas por la guerra. El representativo pueblo de Pedroche ofrece un ejemplo en este sentido. En 1939 el pequeño propietario R.T., de 26 años, trabajaba como agente falangista de investigación. Su camarada de 25 años, el pequeño propietario M.C., desempeñaba los cargos de alcalde y juez municipal.⁵³ Como muchos otros militantes locales del partido, ambos habían sido marcados por su experiencia en la guerra civil.

Por su lado, M.C. había tomado parte en el levantamiento contra la República hasta que fue capturado por las milicias frentepopulistas que reconquistaron el pueblo a finales de julio de 1936, que llegaron a parodiar su fusilamiento.⁵⁴ Tras huir y ser prendido fue juzgado, sentenciándole a 30 años de prisión. No disfrutaría de la libertad hasta que las tropas franquistas lo liberaron de la cárcel en Valencia.⁵⁵ R.T. también sufrió bastante. Unos milicianos ejecutarían a dos de sus hermanos y un juzgado republicano le sentenciaría a quince años y medio de prisión por su participación en la rebelión.⁵⁶

Aunque jóvenes falangistas como estos controlaban las instituciones locales, compartían con sus más tradicionales y conservadores vecinos tanto la oposición a la Segunda República como la experiencia de sufrimiento de la guerra civil. Estos hombres jóvenes podían colaborar con los políticos tradicionales en la eliminación de sus enemigos mutuos en los juzgados militares.

Un ejemplo puede ser el caso de G.F., rico propietario de un molino de harina de Dos Torres. G.F. había sido miembro del viejo Partido Liberal y, como otros antiguos monárquicos de la localidad, se había alineado con el partido católico Acción Popular en el periodo republicano. En julio de 1936 era el alcalde del pueblo.⁵⁷ En la posguerra, participó activamente en las vistas de los tribunales militares que juzgaban a los que habían acabado

⁵⁰ Hay muchos más ejemplos. Falangistas de Villanueva de Córdoba también declararon en 13 de los 14 casos estudiados de dicha localidad.

⁵¹ Ejemplos en ATMSS, Legajo 507, Núm. 17659 and ATMSS, Legajo 637, Núm. 20361.

⁵² Ejemplos en ATMSS, Legajo 641, Núm. 20429 and ATMSS, Legajo 1063, Núm. 27633.

⁵³ Disponemos de muchos ejemplos de esto. Por ejemplo, en Alcaracejos, en 1939, los destacados falangistas Miguel Fernández, Rafael López y Mariano Barbero tenían 27, 34 y 30 años respectivamente. En Pedroche, los falangistas Juan Tirado y Elías Mena tenían 22 y 23 años.

⁵⁴ AHPC, LRP, Caja 11, Causa 62 1943.

⁵⁵ AMP, Caja Lista de los prisioneros liberados por el Ejército en la guerra civil. AHN-M, Legajo 1044, Caja 1, lista de prisioneros.

⁵⁶ ATMSS, Legajo 1288, Núm. 31205, ATMSS Legajo 320, Núm. 12968; AHN-M, Legajo 1044, Caja 1.

⁵⁷ MORENO GÓMEZ, F.: *La República y la Guerra Civil en Córdoba*, Córdoba, Ayuntamiento, 1982, p. 48 y pp. 138-139; AHN-M., CG, Legajo 1044, Caja 1.

con su dominación de la vida política local durante la guerra civil. Fernández dio testimonio adverso en el 30 por 100 de los casos analizados en el pueblo de Dos Torres.

El caso de A.B., un médico de Pedroche, también muestra cómo estos miembros de la vieja guardia bascularon también hacia la órbita del régimen y testificaron contra sus enemigos. Su familia había jugado un papel importante en la política de Pedroche. Su hermano fue «elegido» alcalde por el Partido Liberal en noviembre de 1917.⁵⁸ Su cuñado, R.R., había sido juez y militante del partido católico Acción Popular en la localidad.⁵⁹ Él y su familia sufrieron duramente tras unirse a la rebelión militar de julio de 1936. Su cuñado y tres sobrinos fueron asesinados por un grupo de los milicianos que ayudaron a reprimir la rebelión en el pueblo. A dos de sus hermanas les confiscaron la tierra durante la guerra civil.⁶⁰ Durante la guerra, A.B. fue multado con 15.000 pesetas por el ayuntamiento del Frente Popular por no atender a los republicanos heridos en la lucha por el control de la localidad.⁶¹ Posteriormente, sería encarcelado entre agosto de 1936 y el final de marzo de 1939.⁶² Pero llegó la victoria. Y en los años de posguerra, ya como militante de Falange, A.B. fue recompensado con su designación como médico municipal. Para personajes como A.B., participar en la represión se convirtió en una forma de consolidar el nuevo orden social franquista que había sufrido y había ayudado a implantar. Una vez que las fuerzas franquistas habían tomado Pedroche, A.B. colaboraría activamente en la represión y declararía en los juicios militares para asegurar la condena de sus enemigos políticos.⁶³

Las denuncias y testimonios de los falangistas y sus aliados de otros sectores de la sociedad demuestran que compartían la visión oficial del régimen sobre los vencidos. Esto les llevó a homogeneizar todos los tipos de acusaciones contra sus oponentes, a los que acusaban de cometer asesinatos en la violencia que siguió a la represión de la sublevación en la región en el verano de 1936. E hicieron esto incluso cuando no podían ofrecer más evidencia que el pasado político de aquellos a los que acusaban.

Es sencillo explicar por qué los apoyos sociales del franquismo desconocían quién había sido responsable real de la violencia republicana. Los asesinatos a menudo tenían lugar en secreto o bajo circunstancias caóticas, como consecuencia de la reconquista de ciudades y pueblos después de que los rebeldes derechistas hubiesen ocupado la zona en los primeros días de la insurrección de julio de 1936. Informando a las autoridades militares, el alcalde de Villanueva de Córdoba afirmaba abiertamente que cuando la pequeña localidad había sido reconquistada en julio de 1936 por los republicanos, «toda la gente decente [franquistas] se había escondido».⁶⁴ Del mismo modo, el antiguo alcalde derechista de Dos Torres admitía que los únicos testigos de los asesinatos que tuvieron lugar cuando las fuerzas pro-republicanas tomaron el pueblo fueron los propios «rojos».⁶⁵

A pesar de la naturaleza oscura de los hechos, tanto las autoridades locales como los partidarios comunes del régimen se mostraron deseosos de realizar acusaciones no fundamentadas más que en sus perjuicios políticos. Por ejemplo, el alcalde falangista de Villanueva de Córdoba, en un informe a los jueces militares, no pudo ofrecer prueba alguna contra un jornalero de la localidad acusado de asesinar a un prisionero durante la guerra civil. No obstante, ignoró simplemente este hecho afirmando que «a juzgar por los antecedentes, filiación y actuación que tuvo se puede suponer cual sería su participación en los hechos

⁵⁸ BARRAGAN MORIANA, A.: *Conflictividad social y desarticulación política en la provincia de Córdoba*, Córdoba, Ayuntamiento, 1990, p. 213.

⁵⁹ AHN-M, CG, Legajo 1044, lista de asesinados y asesinos.

⁶⁰ AHN-S, PS Madrid 2495, Gaceta 12, folio 11.

⁶¹ AMP, Actas de Depuración, Caja Guerra Civil.

⁶² AHN-M, CG Legajo 1044, lista de prisioneros.

⁶³ Un ejemplo en ATMSS, Legajo 990, Núm. 26086.

⁶⁴ ATMSS, 1143, 29560.

⁶⁵ ATMSS, 205 3551.

relatados [asesinatos]». ⁶⁶ Del mismo modo, un comerciante de Pozoblanco declaró a las autoridades militares que su vecino de al lado había pertenecido al sindicato socialista de la Unión General de Trabajadores (UGT) desde 1918 y que, por tanto, era tan peligroso que «seguramente intervendría en algún desafuero». ⁶⁷

Para muchos de los denunciantes y «testigos», los partidarios del Frente Popular con un pasado político centrista o izquierdista eran capaces de los más horrendos asesinatos. Por ejemplo, en sus denuncias, los falangistas a menudo presentaban a los simpatizantes de la República como bárbaros que les habían perseguido a ellos y a sus familias. ⁶⁸ Igualmente, los denunciantes de las viejas familias conservadoras también presentaban a los denunciados como criminales innatos y bárbaros. ⁶⁹ De hecho, el 54 por 100 de las denuncias analizadas se centraban en la supuesta inmoralidad de los acusados.

Dado tanto esta ausencia de evidencias como la predisposición a ver a sus oponentes como bárbaros capaces de cualquier acto atroz, no es sorprendente que los rumores sobre la violencia de julio de 1936 fuesen comunes en el partido de Pozoblanco. Estos rumores muestran el grado en que los franquistas locales aceptaban y reproducían los valores que impregnaban la literatura de atrocidades del régimen. De hecho, lo hizo hasta tal punto que muchos de ellos se basaron en rumores insustanciales para enviar a algunos de sus vecinos al pelotón de fusilamiento. Las propias autoridades militares, deseosas de cosechar alegaciones que tiñesen con un barniz de legitimidad a sus sentencias, permitieron de buen grado que estos rumores fuesen considerados como pruebas para fundamentar sus resoluciones. ⁷⁰

A pesar de las obvias limitaciones de los rumores, los partidarios locales del franquismo no dudaron en emplearlos para lograr la condena de los vencidos. ⁷¹ Por ejemplo, algunos vecinos de Dos Torres acusaron a M.S., miembro de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), de participar en la destrucción de imágenes de la iglesia y en el asesinato del sacerdote del pueblo. Los documentos judiciales revelan que G.F., antiguo alcalde, declaró abiertamente que no había testigos de la destrucción de las imágenes eclesiásticas porque sólo los izquierdistas habían estado presentes. No obstante, aseguró que sabía que M.S. había estado implicado porque era muy rumoreado en el pueblo. Del mismo modo J.D. acusó a Sánchez de matar a su tío, el párroco de la localidad. Cuando le preguntaron cómo había tenido conocimiento de este hecho, afirmó que era un rumor a voces en esos días. La documentación también muestra que cinco personas testificaron que Sánchez había participado en el asesinato, como era conocido por las gentes del pueblo. Ninguno ofreció ningún tipo de testimonio directo en su declaración. ⁷²

A pesar de esas importantes anomalías, los vecinos franquistas siguieron convencidos de la justicia de su causa y de la de sus peticiones de penas severas. Sus demandas estaban justificadas por el convencimiento de que sus familiares y camaradas habían sido martirizados por los bárbaros. ⁷³ Por ejemplo, los familiares de las víctimas a menudo reclamaban la «justicia de Dios y de España» en sus declaraciones, argumentando que testificaban «en el

⁶⁶ ATMSS, 1143 29560.

⁶⁷ ATMSS, 1241 31411.

⁶⁸ Ejemplos en ATMSS, Legajo 4806, Núm. 20731, ATMSS, Legajo 636, Núm. 20329.

⁶⁹ Algunos ejemplos en ATMSS, Legajo 519, Núm. 17942; ATMSS, Legajo 1217, Núm. 30989; ATMSS, Legajo 1290, Núm. 32013.

⁷⁰ Ejemplos: AHPC, LRP, Caja 4, Causa 288 1943; ATMSS, Legajo 553, Núm. 4515.

⁷¹ Del mismo modo, en su estudio sobre las denuncias en la Alemania nazi, Vandana Joshi ha demostrado que el rumor fue empleado «literalmente para asesinar» al pueblo judío. JOSHI, V.: *Gender and power in the Third Reich: female denouncers and the Gestapo (1933-1945)*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2003, pp. 118-119.

⁷² ATMSS, Legajo 205, Núm. 3551.

⁷³ Ejemplos en ATMSS, Legajo 268, Núm. 1079; ATMSS, Legajo 198, Núm. 3456; ATMSS, Legajo 4806, Núm. 20731.

interés de la justicia». ⁷⁴ Esta creencia en la necesidad de los juicios y en la bondad de su causa les permitió luchar para conseguir duras penas. Por ejemplo, un pequeño propietario de Villanueva de Córdoba, cuyo hijo había muerto en los asesinatos que siguieron al fin de la sublevación de julio de 1936, exigía que a aquellos contra los que testificaba «se les aplique el castigo que en justicia merezcan». ⁷⁵ De forma reveladora, cuando los tribunales vacilaban en su labor, a menudo los franquistas expresaban su frustración con el hecho de que no se estaba haciendo «justicia». Un falangista de Pozoblanco, por ejemplo, se quejaba de que las autoridades todavía no habían ejecutado a un líder de la República a pesar de todos sus esfuerzos durante tres años para hacerles apretar el gatillo. ⁷⁶

Estos casos muestran la forma en que las bases sociales del franquismo depositaron en el régimen de Franco muchas de las esperanzas y aspiraciones que emanaban de sus intensas experiencias personales. Por supuesto, pretendían eliminar a los que habían apoyado las reformas y habían amenazado sus intereses personales. Esto explica por qué de las 52 personas que fueron denunciadas en los casos estudiados, 46 de ellas eran miembros de los partidos políticos y/o sindicatos de centro e izquierda. Además, expresando los valores presentes en la literatura de atrocidades del régimen, los apoyos sociales del franquismo también justificaban su propia decisión de unirse a la rebelión, encontrando así explicación al terrible martirio y sufrimiento que en ocasiones experimentaron. Aceptaban así su amargo pasado, ayudando a destruir las vidas de aquellos a los que culpaban de sus desgracias y pérdidas. Convirtiendo los valores del régimen en los suyos propios también justificaron su propio dominio como vencedores sobre los aborrecibles vencidos. De este modo, no sólo obedecieron las órdenes del régimen, sino que encontraron en su discurso y en sus instituciones una forma de dar sentido a su propia experiencia y alcanzar sus propios fines.

Justicia para vencedores y vencidos

Los partidarios del franquismo en los pueblos andaluces no sólo satisficieron sus deseos de castigar a los vencidos. De hecho, muchos de los que ocuparon las instituciones locales harían uso de su nuevo poder político tanto para marginalizar a los vencidos en la vida cotidiana como para mejorar su propia situación económica. Bajo la idea de que este era el camino para purgar y purificar a España, desde los días de la guerra civil se pondría en marcha un proyecto económico, cultural y político: la «autarquía». Con esta política se perseguía aislar al país, cerrándolo sobre sí mismo para que renaciese de sus cenizas. Tras los pecados cometidos, España debía purgar sus culpas, purificarse con el sacrificio y las penalidades de posguerra. Desde el gobierno se impulsó una «cultura de guerra», que optaba por la no-reconciliación, que diferenciaba entre «buenos» y «malos españoles», entre vencedores y vencidos. ⁷⁷

Esta ideología también estaría presente en los vencedores del campo español. Los jóvenes excombatientes, marcados por la experiencia de la guerra civil, no estarían dispuestos a olvidarla. Son ellos, sobre todo, los que, con su regreso a pueblos y aldeas, importan o refuerzan esa «cultura de guerra» que marcaría la vida de posguerra. Se concebirían a sí mismos como los principales garantes de la memoria de los «mártires» de la «Cruzada», los encargados no sólo de «hacer justicia» en los tribunales, sino también en el día a día, en la gestión de la vida y el destino de los pueblos. Ellos otorgarían a España, a la verdadera

⁷⁴ Ejemplos en ATMSS, 205, 3551; ATMSS, 507, 17659.

⁷⁵ ATMSS, 341, 13563.

⁷⁶ AHN-M., CG, 1044, 2.

⁷⁷ RICHARDS, M.: *A Time of Silence. Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998. RICHARDS, M.: "From War Culture to Civil Society. Francoism, Social Change and Memories of the Spanish Civil War", *History and Memory*, Otoño, 2002, pp. 93-120.

España, el destino que se merecía. Mientras tanto, aquellos que pertenecían a la «anti-España», los vencidos, sufrirán las consecuencias de sus actos.

Desde los ayuntamientos del franquismo ostentaron un poder destacado, que emplearon en beneficio de sus apoyos sociales. No fueron, como se ha querido afirmar,⁷⁸ meras marionetas de los gobernadores civiles, aunque hasta 1948 fuesen designados por ellos. La política autárquica, muy intervencionista, les otorgará un poder sin precedentes. Además de gestionar el orden público o las ordinarias atribuciones de la política local, decidirán qué productos y en qué cantidades serían cultivados por cada agricultor; serían los responsables de la comercialización, distribución y venta de todos los artículos intervenidos en el municipio; y, lo más importante, controlarían el racionamiento, la cantidad y calidad de alimentos que recibiría una hambrienta población. Aquellos que habían hecho la guerra tenían, ahora en la posguerra, un arma sin precedentes: controlarían las relaciones laborales, la producción, la comercialización... y el alimento de los vecinos. Los que habían perdido la guerra tenían motivos para estar inquietos.

Desde los ayuntamientos, las autoridades locales pondrán en marcha una política bipolar de castigo a los vencidos y de tolerancia y beneficio a los vencedores. Las clases más bajas, con un pasado republicano, sin medios de producción para subsistir y destrozadas por la represión, caerán en las manos del poder local que, como vimos, consideraba que era hora de hacer 'justicia'. Para sobrevivir, deberán hacer frente al paro endémico de los campos españoles, a unos salarios congelados, a un coste de vida ascendente y a unas relaciones laborales brutales.⁷⁹ La miseria era aterradora: las enfermedades y las muertes por inanición eran comunes en la España de los cuarenta.⁸⁰ Las provincias andaluzas no escapaban a estos fenómenos: en 1945 el gobernador civil de Granada reconocía que la situación socio-económica era lamentable y que las autoridades locales no aplicaban la legislación social y laboral, exponiendo a obreros y jornaleros a una situación crítica;⁸¹ en Jaén, todavía en 1946, se detectaban fallecimientos por inanición y las enfermedades eran moneda común.⁸²

Los cuarenta fueron años en los que la política, esto es, la guerra civil, siempre estuvo presente. Los republicanos se enfrentaron a los tribunales, a las sentencias de muerte, a unas cárceles infectas o a los durísimos batallones de trabajo. Si lograban escapar a la muerte, lograrían finalmente la libertad. Se enfrentaban entonces al destierro, a la libertad vigilada o, en el mejor de los casos, a la vuelta a sus hogares. Era allí donde habían permanecido sus familias, marcadas por el signo de un pasado político ahora detestado y perseguido. En sus pueblos les esperaba la miseria, el hambre, la desesperación. Su decidida voluntad de sobrevivir, les impulsaba a romper la legalidad en busca de alimento: su «resistencia cotidiana» ante el régimen no podía adoptar otra morfología.⁸³ Sin embargo, aún entonces, les saldrían al paso las autoridades franquistas, sus vecinos, los antiguos excombatientes.

Los republicanos estaban marcados como vencidos. En la miseria, asustados por el miedo a una denuncia, hambrientos, estigmatizados por su pasado, tuvieron dificultades para encontrar un medio de vida. Algunos propietarios se negaban a darles trabajo, elaborando

⁷⁸ SANZ ALBEROLA, D.: *La implantación del franquismo en Alicante: el papel del gobierno civil (1936-1946)*, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.

⁷⁹ ORTEGA LÓPEZ, T.Mª. "Las miserias del fascismo rural. Las relaciones laborales en la agricultura española, 1936-1948", *Historia Agraria. Revista de agricultura e historia rural*, 43, 2007, pp. 531-553.

⁸⁰ DEL ARCO BLANCO, M. A.: "«Morir de hambre». Autarquía, escasez y enfermedad en la España del primer franquismo", *Pasado y Memoria*, 5, 2006, pp. 241-258.

⁸¹ FONTANA TARRATS, J.M. *Política granadina*, Granada, Imprenta Hº de Paulino V. Traveset, 1945.

⁸² Archivo General de la Administración (AGA), Presidencia del Gobierno. Delegación Nacional de Provincias. Caja 20672, Parte mensual Jaén (abril, 1946).

⁸³ SCOTT, J.: *Everyday forms of peasant resistance*, New Haven, Yale University Press, 1984. Y, del mismo autor: "Everyday forms of peasant resistance", *The Journal of Peasant Studies*, 13, 2, 1986.

auténticas listas negras.⁸⁴ Ellos y sus familias fueron forzados a la pequeña delincuencia en busca de sustento o, en otros casos, a unirse a la guerrilla. Era obvio que la represión no acaba tras los muros de las cárceles.

Los delitos contra la propiedad se generalizan: en la mayoría de los casos se tratará de robos y hurtos de alimentos de primera necesidad, tal como informaba el Delegado Provincial de Falange en Málaga en 1941.⁸⁵ Los más pobres, desesperados, asaltan los campos cultivados: municipios como Montefrío (Granada) no cesaban de relatar este hecho al gobernador civil, incrementando el número de guardas rurales de forma exponencial.⁸⁶ En la comarca de Pozoblanco (Córdoba) fue común que algunos guardas disparasen y diesen muerte a los pobres que robaban artículos para su alimento y el de sus familias.⁸⁷ Además, los más humildes y los marcados políticamente serán juzgados por los tribunales de forma severa: el labrador de Motril (Granada) Antonio Maldonado Correa, tras pasar por diversas cárceles franquistas y estar en libertad condicional y vigilada, fue sorprendido haciendo estraperlo de maíz. Además de ser sancionado por la Fiscalía de Tasas con una multa de 5.000 pesetas e incautación de la mercancía, fue condenado a un mes y un día de arresto mayor por la justicia ordinaria.⁸⁸ Pobreza, delincuencia y castigo a los vencidos eran caras de una misma moneda.

El castigo a los vencidos se demostró, una y otra vez, con el fenómeno del «estraperlo». El «estraperlo» o «mercado negro» se derivaría de la férrea intervención de los productos en la etapa autárquica: el Estado asignaba un precio oficial a los artículos intervenidos y regulaba su comercialización y distribución. Sin embargo, la realidad del mercado escaparía a los precios oficiales: así, por ejemplo, los alimentos y productos de primera necesidad alcanzarían precios astronómicos en el mercado negro, provocando espectaculares ganancias a los grandes «estraperlistas» y permitiendo sobrevivir a los «pequeños estraperlistas». Lógicamente, los vencidos de la guerra civil, los más humildes, se encontraban entre estos últimos.

Pese a que las autoridades franquistas reconocían la imposibilidad de vivir del racionamiento,⁸⁹ perseguirán con saña el «estraperlo de los pobres». Un estraperlo de supervivencia, de pequeñas cantidades, generalmente de artículos alimenticios, desarrollado por jornaleros, obreros, viudas de la guerra, ancianos sin trabajo y menores de edad. Era un ejemplo de pequeña resistencia frente al régimen, una desobediencia generalizada de las leyes impuestas. Pero el régimen sería implacable: los más humildes serían sorprendidos por la guardia civil, la policía o los agentes de la Fiscalía de Tasas (órgano encargado de velar por el cumplimiento de los precios). Se les requisaría la mercancía, serían juzgados y se les impondrían multas en metálico: al no poder hacer frente a estas, serían enviados a la cárcel o a batallones de trabajo.⁹⁰ En el laberinto de la represión franquista, los vencidos volvían otra vez al punto de partida.

⁸⁴ MORENO GÓMEZ, F. *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y guerrilla. El Centro-Sur de España: de Madrid al Guadalquivir*, Barcelona, Crítica, 2001, 54-55.

⁸⁵ Archivo Histórico Provincial de Málaga (AHPM), Gobierno Civil. Orden público. Caja 12510, 1941, 7-5-1941.

⁸⁶ Archivo Histórico Municipal de Montefrío (AHMM), 1.7. Correspondencia Oficial. Caja 1946. 22-5-1946, y Expedientes de nombramiento de guardias particulares.

⁸⁷ Un ejemplo: AAPC, Libro de Sentencia 1974, Fuente Obejuna, 60, Sumario 172, Año 1945.

⁸⁸ Archivo de la Real Chancillería de Granada (ARCh), Libros de Sentencias. 1109. Leg. 514, Sentencia 41. Otros estudios regionales confirman lo apuntado: GÓMEZ WESTERMEYER, J. F.: *Historia de la delincuencia en la sociedad española: Murcia, 1939-1949. Similitudes y diferencias en otros espacios europeos*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Murcia, 2006, pp. 97 y ss., 750.

⁸⁹ En 1941 el gobernador civil de Granada reconocía «la imposibilidad de vivir con el racionamiento». AGA, Presidencia del Gobierno. Delegación Nacional de Provincias. Caja 20569. *Informe sobre la política en la provincia de Granada*.

⁹⁰ GÓMEZ OLIVER, M. y DEL ARCO BLANCO, M. A.: "El estraperlo: forma de resistencia y arma de represión en el primer franquismo", *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 23, 2005, pp. 179-199.

La «Justicia de Franco» no solo sería alcanzada con el castigo a los vencidos... sino también satisfaciendo las apetencias materiales de los «salvadores de España». Buena prueba de esta actitud bipolar es, otra vez, el «estraperlo». El mercado negro sería una auténtica «arma política»: como hemos visto, con ella se castigaría a los vencidos; pero al mismo tiempo se beneficiaría a los vencedores, las bases sociales del régimen.⁹¹ Ellas disponían de los medios de producción, tenían acceso a la producción agrícola, industrial o a los artículos de comercio, no dependían del racionamiento... y tenían al poder de su lado. Estarán ausentes en los procesos por «estraperlo», escapando a los terribles efectos de la política autárquica, sorteando el hambre, e incluso enriqueciéndose. El «gran estraperlo», el de los grandes vagones de trigo, el de los camiones rebosantes de alimentos, será invisible para las autoridades franquistas... en gran parte porque ellas mismas llegaron a estar implicadas.⁹²

Para sobrevivir, los regímenes autoritarios de entreguerras necesitaron satisfacer las apetencias de sus bases sociales.⁹³ Y no cabe duda que el franquismo lo hizo: los propietarios y las clases medias rurales prosperaron durante la posguerra. Colaborar con el franquismo tenía su recompensa. Y muy alta: o la supervivencia más o menos desahogada, o el progreso económico. La nueva gestión del poder local de los ‘hombres nuevos’, espejo de una visión de la guerra civil prolongada en el tiempo provocó resultados espectaculares. En el pueblo de Santa Fe (Granada), gran parte del personal político incrementó o accedió a la propiedad (rústica o urbana). De los 17 gestores con intereses en el sector agrario, 12 aumentan la extensión de sus fincas rústicas (más de un 44 por 100), 12 las mantienen intactas (44,4 por 100) y sólo tres las ven disminuidas (11,1 por 100). El proceso de acumulación es brutal: en poco más de una década 12 gestores aumentan sus propiedades en 128,89 hectáreas.⁹⁴

Cuando comienza la guerra civil, ni José Torres Gil ni su familia habían participado en la vida política de Santa Fe. Pertenece a la clase media-baja: con 29 años es un mero empleado en una fábrica de abonos de la comarca. El 18 de julio se adhiere al Alzamiento, el 8 de septiembre se afilia a Falange y se integra en las milicias derechistas de la localidad. Es gestor en 1937-1941 y en 1944-1947. Si antes de la guerra era un hombre sin propiedades... en 1946 posee una finca urbana y una pequeña propiedad rústica; en 1951 su propiedad agrícola era ya de más de una hectárea.⁹⁵

Las clases medias más acomodadas también obtuvieron réditos: antes de la guerra civil, el «camisa vieja» de Falange Fausto Rodríguez Rodríguez era un labrador sin fincas rústicas y con sólo tres propiedades urbanas en la localidad; tras dar su apoyo al «Alzamiento», participar en las milicias, ser presidente de la Hermandad de Labradores, Jefe Local de FET y de las JONS y gestor en el ayuntamiento, en 1951 había accedido a la propiedad, poseyendo más de 12 hectáreas de tierra, y sus fincas urbanas se habían incrementado hasta cuatro.⁹⁶

Las clases medias-altas también progresaron, a veces, de forma espectacular: José Arenas Villaldea era un acomodado labrador e industrial que, en 1936, disponía de más de 36 hectáreas y cuatro fincas urbanas en Santa Fe; con la sublevación se afilió a las milicias

⁹¹ DEL ARCO BLANCO, M. A.: “El estraperlo: un arma política al servicio del régimen franquista”, *Siglo XIX y Veinte*, 2 (en prensa).

⁹² Como se reconocía una y otra vez por la diplomacia británica. Un ejemplo: el cese del gobernador civil de Gerona por enriquecimiento ilícito en 1942. National Archives (NA), FO 371/31236, 3-7-1942.

⁹³ KERSHAW, I.: *The nazi dictatorship. Problems and perspectives of interpretation*, London, Edward Arnold, 1985, p. 77 y ss.

⁹⁴ AHPG, Hacienda, Catastro de rústica. Cédulas de propiedad. Leg. 223/1 y 223/2.

⁹⁵ AHMSF, Apéndice del catastro de rústica. AHPG, Hacienda, Catastro de rústica. Cédulas de propiedad. Leg. 223/1 y 223/2 y AGA, Ministerio del Interior. Dirección General de Administración Local. Caja 2759, 1944.

⁹⁶ AGA, Sindicatos. Delegación Nacional de Sindicatos. Caja 3925; AGA, Ministerio del Interior. Dirección General de Administración Local. Caja 2759, 16-8-1944. AHMSF, Apéndice del catastro de rústica. AHPG, Hacienda, Catastro de rústica. Cédulas de propiedad. Leg. 223/1 y 223/2.

locales y, tras ser alcalde durante varios años, incrementó su patrimonio hasta que, en 1951, poseía casi 66 hectáreas y doce propiedades urbanas.⁹⁷

Los partidarios del franquismo cobraban el «justo premio» a su participación en la guerra civil y su apoyo al «Nuevo Estado». Las heterogéneas clases medias que lo apoyaban se verán beneficiadas, volviendo a complejizar visiones del franquismo como un régimen tradicional o de viejo cuño.

La guerra civil lo cambió todo. Ya la propaganda del régimen anunciaba que, aunque la guerra hubiese terminado, era necesario permanecer vigilante, asegurar la «salvación de la patria». Para ello estaban en sus puestos los «héroes de la Cruzada». No podría esperarse de ellos una gestión del poder reconciliadora o pacificadora. Más bien todo lo contrario. El enemigo, si no había huido o no había sido castigado, seguía allí, deambulando por las calles y plazas de los pueblos, conspirando en la privacidad de sus casas. Es por ello que la política local de posguerra será una continuación absoluta de la guerra. Una violencia cotidiana, en las relaciones de trabajo, en el reparto de racionamientos, en la gestión del hambre y en el control de la moral y las costumbres, dominará la vida de los pueblos.

El régimen cumplía sus promesas castigando a los vencidos, pero también otorgando lo prometido a los que lo apoyaron. Desde las instituciones, esos viejos combatientes, adalides de la «Nueva España» y garantes de la «Justicia de Franco», satisficieron las expectativas de los grupos que apoyaban al franquismo y continuaron castigando a los vencidos. Ellos eran el franquismo. Hombres que aseguraban la estabilidad del régimen y continuaban, en el día a día de posguerra, «velando por los valores de la Cruzada».

Conclusión

El franquismo dista cada vez más de ser ese régimen autoritario, de corte tradicional, que parte de la historiografía ha concebido. Su nacimiento, implantación y consolidación fue algo complejo, heterogéneo y distinto a regímenes precedentes. Debemos complejizar nuestra visión sobre el régimen de Franco, especialmente en lo referido a la interacción del régimen con la sociedad.

En la guerra civil cobrarían forma una serie de imágenes y percepciones que condicionarían las actuaciones de los rebeldes durante y después de la contienda. Era la batalla definitiva de las fuerzas del Bien contra el Mal, del orden contra el caos, de Dios contra la Bestia, de la Patria contra lo extranjero. Estas visiones apocalípticas y palingenésicas, similares a las de los regímenes fascistas europeos,⁹⁸ estuvieron arraigadas en la población que apoyó el golpe de estado, se comprometió con los rebeldes durante la guerra y, a su término, fue fiel al franquismo.

Los partidarios del franquismo en el mundo rural son espejo de la novedad del régimen. Junto a las clases altas, siempre partidarias de poner fin a la democracia republicana, el franquismo contó con el apoyo de las amplias y variadas clases medias rurales: hombres y mujeres de clase media-alta, de posición acomodada... pero sobre todo de grupos sociales más humildes, pequeños propietarios, artesanos o comerciantes, algunos de ellos rozando la pobreza. De todos ellos, una nueva generación de políticos, los «héroes» de la «Cruzada», los excombatientes, excautivos o familiares de los «mártires», fueron los elegidos para ocupar las instituciones, forjar y dar continuidad al «Nuevo Estado». Eran garantes de unos valores, de un futuro en el que la «cultura de guerra» en la que habían sido bautizados en las trincheras marcaría ahora la vida de posguerra.

El franquismo no fue algo simplemente impuesto desde arriba, por unas elites tradicionales o incluso renovadas. Es parte de la sociedad, las clases medias, la que dan un

⁹⁷ AGA, Ministerio del Interior. Dirección General de Administración Local. Caja 3009; AHMSF, Apéndice del catastro de rústica. AHPG, Hacienda, Catastro de rústica. Cédulas de propiedad. Leg. 223/1 y 223/2.

⁹⁸ GRIFFIN, R., *The nature of fascism*, London-New York, Routledge, 1993.

paso al frente, penetran y conforman el Estado. Participan activamente en las instituciones, construyéndolas, integrándose en ellas... o haciéndolas actuar.

Las fronteras entre Estado y sociedad se difuminan. La sociedad civil y las instituciones franquistas interactúan: muchos vecinos participan activamente en los procesos judiciales contra los republicanos; los gestores y alcaldes dirigen su política a castigar a los vencidos y a satisfacer los intereses de los vencedores. Ambos colaboran en la represión, física o socioeconómica, enviando a los republicanos a un laberinto sin salida. Compartían convicciones: había llegado la hora de la «Justicia de Franco», haciendo honor a los «mártires de la Patria». Justicia que consistía no sólo en el castigo a los vencidos, sino en el beneficio, a veces de forma espectacular, de los vencedores.

Al igual que en otros regímenes fascistas de entreguerras, el consenso hacia el franquismo existió.⁹⁹ Pero, ¿qué unió a la mayoría de la sociedad con el «Nuevo Estado»?¹⁰⁰ Sin duda existían diversos factores, (económicos o políticos, por ejemplo) pero hubo un elemento central: la guerra civil. Fue el acontecimiento político más importante del siglo XX en España. Marcaría el nacimiento del franquismo y sería, hasta el final de sus días, su razón de ser: daría forma a sus instituciones y determinaría los hombres que las ocuparon, impregnando a la sociedad de los vencidos, condicionando las miradas y actuaciones sobre los que habían perdido la guerra, concebidos como meros criminales. Los discursos y las políticas de la memoria de aquellos años mantendrían viva la llama de la guerra civil, alertando a la sociedad sobre un enemigo que todavía estaba presente, debía purgar sus pecados o ser destruido.

Ya en los años sesenta, el franquismo seguiría recordando la guerra civil, pero resaltando entonces su labor pacificadora y su supuesto papel determinante en el desarrollo económico del país.¹⁰¹ Durante la Transición sería firmado ese «pacto de olvido» en torno al pasado, que no era más que un pacto que silenciaba ese «pacto de sangre» que, durante la guerra civil y la posguerra había firmado y ejecutado, como hemos demostrado, la heterogénea sociedad de los vencedores.

El franquismo se acerca cada vez más a otros regímenes fascistas de entreguerras. Aspectos como la activa participación de amplias capas de la sociedad en la represión, en el control social, en las instituciones y en la gestión de políticas que beneficiasen a los apoyos sociales del régimen lo atestiguan.¹⁰² Además, los españoles que apoyaron al franquismo compartirían unos valores, una visión del mundo donde se prometía un futuro que pondría fin a los problemas de una sociedad temerosa de la modernización, del progreso, del laicismo, del individualismo y de la democracia; una cultura que localizaba a los enemigos de la Patria, que debían ser extirpados para garantizar su supervivencia y expansión; y una cultura que también tenía a sus «mártires» y a sus «héroes», ambos salvadores de España y garantes de su futuro.¹⁰³ Como en el resto de Europa, la violencia había sido una fuerza creativa y regeneradora: en España, sin la guerra civil nada hubiese sido posible.

⁹⁹ Algo reconocido por la mayoría de la historiografía española. ORTIZ HERAS, M.: "Historia social en la dictadura franquista: apoyos sociales y actitudes de los españoles", *Spagna Contemporánea*, 28, 2005, pp. 169-185. Para el caso italiano sucede algo parecido, como fue reconocido en algún artículo del «debate del consenso» por un crítico de la obra de Renzo de Felice. PALLA, M.: "Mussolini il fascista numero uno". *Studi Storici*, 1, 1982, pp. 23-49.

¹⁰⁰ CAZORLA SANCHEZ, A.: "Sobre el primer franquismo y la extensión de su apoyo popular", *Historia y política*, 8, 2002, p. 310.

¹⁰¹ AGUILAR FERNÁNDEZ, P.: *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996.

¹⁰² Crees que es necesaria una nota sobre, por ejemplo, Alemania? Me refiero a los trabajos de Gellately y de Mulhberg, por ejemplo (represión y bases sociales).

¹⁰³ BARTOV, O.: *Mirrors of destruction. War, Genocide and Modern Identity*, New York, Oxford University Press, 2000.